



EL SR. D. SANTOS DEGOLLADO,  
Gobernador de Jalisco.

## CAPITULO SETIMO.

### CONTINUACION DE LAS HOSTILIDADES.

Circular del gobierno para las juntas populares.—Preguntas que habian de hacerse á los ciudadanos.—Libertad para votar y para escribir.—Carta reservada á los gobernadores.—Votacion del 1.º de Diciembre.—Votan algunos por Alvarez.—Son declarados conspiradores.—Resultado de la votacion.—Triunfos de los ministros.—El general Basadre.—Nuevas providencias terribles.—Desesperada posicion de la brigada Zuloaga en Nuzco.—Pronúnciase.—Entrégase Zuloaga como prisionero.—Injusticia del gobierno.—Toma de Huetamo.—Fusilamiento de Bahamonde.—Ingratitud del gobierno con él.—Entran los pronunciados en Ajuchitlan.—Mas ordenes terribles.—Represalias.—Circular de Alvarez para impedir las.—Acércase Alvarez á Chilpanzingo.—Proclamas á la guarnicion y al vecindario.—Carta al comandante general de Guerrero.—Sale otra vez Santa-Anna para el Sur.—Sus disposiciones.—Prision del coronel Moreno.—Es fusilado.—Instrucciones al comandante principal de Iguala.—Vuelta de Santa-Anna á México.—Motivos que tuvo Alvarez para no atacar á Chilpanzingo.—Estrañamiento al comandante general de Guerrero porque no atacó al Ejército libertador.—Le reemplaza Lazcano.—Bando horrible contra Tixtla.—Medidas humanas de Alvarez.—Rumor falso acerca de ellas.—Don Plutarco Gonzalez.—Don Santos Degollado.—Don Luis Ghilardi.—Una comunicacion del prefecto de Zamora.—Va el coronel Santa-Anna á Michoacan.—Circular para que no se llamen pronunciados sino bandidos.—Pueblita en Acámbaro y en Taretan.—Don Cipriano de las Cagigas.—Entra Degollado en Puruándiro.—Escesos que se cometen.—Pronunciamento de Zamora.—Las tropas del gobierno en Zúacuaro.—Atrocidades.—Irritacion de los indígenas.—Don Joaquin Urquiza.

EL gobierno de Santa-Anna intentaba en vano conjurar la tempestad que tronaba sobre su cabeza; y era



porque todos los medios que para ello empleaba, no servian sino para poner en mayor evidencia las faltas de su política, y para exacerbar mas la indignacion de los ánimos. Como vió que la revolucion avanzaba y crecia por donde quiera, quiso dar de nuevo á su poder un baño de popularidad que quitara los pretestos á los que contra él se levantaban, y con este fin espidió una circular por el ministerio de gobernacion, en la cual se decia sustancialmente que supuesto que la revolucion con sus progresos habia puesto algo en duda si los mexicanos tenian ó no plena confianza en el presidente, éste que queria obsequiar siempre la voluntad nacional, disponia que el dia 1º de Diciembre de aquel año se reunieran juntas populares en todas las ciudades y pueblos de la República, bajo la presidencia de los gobernadores, comandantes generales y demas autoridades respectivas de cada punto, para que allí los ciudadanos espresaran *con absoluta libertad* su opinion, su voluntad ó su parecer sobre las dos preguntas siguientes:

“ 1º Si el actual presidente de la República ha de continuar en el mando supremo de ella con las mismas amplias facultades que hoy ejerce.

“ 2º En caso de que no continúe con las mismas amplias facultades con que en la actualidad se

“ halla investido, á quién entrega inmediatamente el mando.”

En la misma circular se decia que el general Santa-Anna estaba resuelto á no continuar en el mando sin la plenitud de facultades que hasta entonces habia tenido, cuya idea estaba, por otra parte, claramente indicada en la segunda de las preguntas.

A los periódicos se les concedia libertad para emitir, solamente el dia 1º de Diciembre, su opinion sobre las dos propuestas cuestiones.

Al mismo tiempo el ministro de la gobernacion dirigió reservadamente una carta á los gobernadores de los departamentos, en la cual les decia que ellos debian comprender perfectamente cuál era el verdadero objeto de aquella medida, y que á ellos les tocaba disponer las cosas de modo que no se malograra el buen resultado que apetecia el gobierno. Aunque estos conceptos estaban embozadamente espresados en la carta del ministro, no lo estaban tanto que dejaran de haberle causado vergüenza, si se hubieran publicado entonces. Nadie dudó jamas de las verdaderas miras que el gobierno se propuso en la convocacion de las juntas populares; y sin embargo, cuando se publicó mas tarde aquella carta, todavía se escandalizaron mu-



chos de ver allí patentes los amaños con que se había pretendido hacer burla de la nación.

Verificóse la votación el 1º de Diciembre; y aunque ninguno creía en la verdad de aquella ceremonia, hubo algunos que fingieron tomarla por lo sério, que respondieron nó á la primera pregunta, y que propusieron para ocupar la presidencia, al general Don Juan Alvarez ó á otros ciudadanos.

Con fecha 11 de Diciembre se espidió una circular, mandando que fueran presos y juzgados como conspiradores, los que habían dado su voto al general Alvarez: y como había sido menester escribir el voto y entregársele firmado á la autoridad respectiva, porque así lo disponía la circular, el gobierno supo bien quiénes eran las nuevas víctimas de su nueva persecución.

Escusado parece añadir que el resultado de todo aquello, fué que se quedaron Santa-Anna y sus ministros lo mismo que antes, sin que de nada les sirvieran, para evitar su impopularidad, los miles de votos que tuvo el dictador, según se vió después, el 1º de Febrero, cuando el consejo de Estado publicó el cómputo de los sufragios.

El gobierno, al empezar el año de 1855, podía en-

contrarse apesarado, supuesto que estaba mas que nunca pujante la revolución; pero como los ministros no veían el verdadero estado de las cosas, ofuscados como estaban con los halagos de aquel poder que iba desmoronándose, lejos de sentir pesadumbre, se hallaban mas que nunca satisfechos por los triunfos que habían obtenido en el recinto de palacio, para ellos mas preciosos que los triunfos de sus armas. Habían logrado alejar de allí, y aun de la capital, á algunos individuos que les causaban grandes inquietudes, porque no aprobando aquella política, y siendo amigos particulares del general Santa-Anna, solían á veces ponerle mal con ellos, y producir aquellos arrebatos de mal humor, que se llamaron crisis ministeriales. Don Antonio de Haro y Tamariz estaba proscrito, y tenía que andar oculto para no ser víctima de las venganzas del gobierno; y habían sido confinados á diferentes puntos, fuera de la capital, otros personajes cuyas relaciones con el presidente eran para los ministros un motivo perenne de congojas.

Entre ellos figuraba en primera línea el general Don Ignacio Basadre, que les hizo siempre crudísima guerra. Liberal por educación y por principios, dotado de claro talento, ilustrado por el estudio, por sus viajes y por sus relaciones con las grandes celebridades de la época, el general Basadre no podía aprobar



el absurdo sistema que el gobierno dictatorial habia adoptado: si habia aceptado la dictadura, y trabajado acaso por el robustecimiento del poder, lo habia hecho, como otros muchos ciudadanos, con la mira de asentar en bases sólidas la libertad, salvándola de las exajeraciones demagógicas. Hombre de carácter franco y decidido, manifestaba resueltamente sus opiniones al general Santa-Anna, siempre que se presentaba la ocasion, y aprovechaba todas las que tenia, para aconsejarle que adoptara una política mas conforme con el espíritu del siglo, que sus ministros no eran capaces de comprender. Ni su antigua amistad con el presidente, ni los favores que le dispensó, ni el temor de perder su gracia, le hicieron abandonar nunca el propósito que habia formado, de procurar un cambio de sistema; antes bien, se valia de las buenas relaciones que con el dictador conservaba, para trabajar en aquel empeño con una constancia infatigable; y mas de una vez logró que los ministros se bambolearan en sus puestos. Por fin, ellos triunfaron, y Basadre cayó en desgracia, habiendo sido desterrado de la capital en el mes de Setiembre, sin que desde entonces hubiera ya para él un dia de sosiego, hasta que cayó la dictadura.

Cuando los ministros se vieron libres de aquel enemigo peligroso, y lograron que el dictador no volviese

á escuchar sus seductores discursos, respiraron, y se creyeron invencibles.

Así era en efecto, en el sentido que ellos lo pensaban; porque desde entonces ya no volvió á resonar en torno del dictador sino la voz de las lisonjas. Quedaban en el gabinete elementos discordantes al parecer; la enemistad entre el ministro de la guerra y el de relaciones no se acababa: pero aunque se aborrecian los dos, permanecia firme é invariable el vínculo que los unia.

La política del gobierno no se cambió en un ápice, en el sentido en que la humanidad podia apetecer un cambio en ella; antes por el contrario, se hizo mas atrabiliaria y terrible con el disgusto que causaron al gobierno los nuevos reveses de sus armas. Se conoció esto en las providencias que dictó con motivo del pronunciamiento de Cuautla. Recobrada aquella ciudad por las fuerzas que se enviaron al efecto, impuso el gobierno á los vecinos una multa de tres mil pesos, en castigo de su falta, y mandó castigar *ejemplarmente á los neutrales*, para escarmiento de los que en tales casos no se presentaran á rechazar á los faciosos. Casi al mismo tiempo mandó al comandante general de Michoacan que formara una fuerte seccion para que fuera á la hacienda de Don Epitacio Huerta,



el valeroso caudillo que tan célebre se había hecho en aquel departamento, "á destruir cuanto allí encuentre."

La brigada Zuloaga continuaba sitiada en Nuzco, privada de auxilios y comunicaciones, y sin otro recurso para alimentarse los soldados, que granos de maíz que recojian de una tierra vecina. En tan desesperada situacion todavía hicieron esfuerzos para salir de aquel conflicto; y el 13 de Enero se batieron denodadamente, aunque con mala fortuna, con una fuerte seccion de tropas mandadas por el general Moreno y por el coronel Pinzon, que estaban protejiendo la colocacion de una batería para atacar á los sitiados.

Aquella brigada había salido de Iguala para Ajuchitlan sin llevar los recursos suficientes para pagar las deudas contraidas por el coronel Don Rosendo Moreno, que hacia cuatro meses no recibia socorros para la guarnicion de aquel punto; y apenas bastaban los fondos que llevaba para cubrir su presupuesto hasta el mes de Diciembre. A pesar de esto, el general Zuloaga, se interna por la costa para contribuir á la realizacion de un plan de campaña que sin noticia suya se cambió despues cuando el gobierno quiso; se bate dos veces con honor; y el gobierno le deja abandonado en medio de sus enemigos, y en aquel mortífero clima, sin alimentos para los soldados, sin hilas para los heridos y sin medicinas para los enfermos.

Hacia ya treinta y siete dias que la brigada Zuloaga se encontraba de este modo en Nuzco, desnuda y hambrienta, teniendo que perder diariamente algunos soldados para procurarse granos de maíz y un poco de agua, cuando un parlamento dió lugar á que el coronel Don Rosendo Moreno supiese el verdadero estado de la opinion pública, y los movimientos que en consecuencia se estaban operando en toda la nacion. Le ilustró sobre esto en una conferencia el general Villareal, manifestándole francamente que el prestigio de la revolucion crecia á la par con el desconcepto de la dictadura que los tenia allí abandonados. Aquel mismo dia, que era el 18 de Enero, el coronel Moreno reunió á los jefes y oficiales que componian la brigada; y despues de esponerles sencillamente las circunstancias políticas en que se hallaba la República, la desesperada situacion en que ellos se encontraban, y la inutilidad de hacer nuevos sacrificios, los invitó á que manifestaran francamente su opinion sobre lo que debia hacerse. Todos hablaron de la miseria y horribles privaciones que la brigada sufria, y del abandono en que la tenia el gobierno; pero se fijaron principalmente en la situacion en que se encontraba la República, necesitada de orden y de paz; en los deberes que tenian que llenar para con su patria, y en la obligacion de obsequiar la voluntad del pueblo que tan claramente se había manifestado. De acuerdo todos en estas ideas,



levantaron una acta por la cual desconocieron la autoridad de Santa-Anna, se pusieron á las órdenes del general Alvarez, y ofrecieron prestar obediencia al gobierno que emanara de la revolucion.<sup>1</sup> En seguida, el coronel Moreno dirigió á los soldados una proclama, en la cual les recordaba la valerosa resignacion con que habian sufrido las privaciones de aquella penosa campaña, escitándolos á cumplir los nuevos deberes que les imponia su carácter de soldados de la libertad.<sup>2</sup>

El pundonoroso general Zuloaga no estuvo presente á las conferencias, ni tomó parte en la resolucion de sus subalternos; pero no pudiendo tampoco impedir que la llevaran adelante, consintió en quedar como prisionero de guerra, entregándose á discrecion del general enemigo. Este no solo respetó su vida, sino que le trató con las consideraciones debidas al valor y á la desgracia. no obstante que las atrocidades cometidas por el gobierno de México, habrian autorizado muchas veces una represalia sangrienta. Más adelante se verá cómo correspondió el general Zuloaga á esta noble conducta, y cuanto mas ganaba la revolucion con ser humana, que el gobierno con ser cruel.

Este acontecimiento valió á la revolucion mil qui-

1 Véase esta acta en el *Apéndice*, bajo el Núm. 14.

2 Véase en el *Apéndice*, Núm. 15.

nientos hombres que fueron á engrosar sus filas, cinco piezas de artillería y ochenta cargas de municiones de fusil y de cañon.

El gobierno habia espedido diferentes órdenes para que se retirara la brigada de Costa Grande; órdenes que debia suponer eran inútiles, supuesto que estaban cortadas las comunicaciones, y no tomaba ninguna providencia para espedirlas. A fines de Enero mandó que se hiciera una informacion sumaria para averiguar el paradero de la espedicion; y cuando supo lo acontecido, dijo en el *Diario oficial* que aquella desgracia no tenia otro origen que la *traicion* de Moreno y la *cobardia* de Zuloaga. El primero, sin embargo, habia cedido á la ley de la necesidad, y á la conciencia de sus deberes que le mandaban obsequiar la opinion pública; y el segundo habia llevado su pundonor hasta el extremo de entregarse como prisionero, con la certidumbre de que seria fusilado, segun el atroz carácter que entonces tenia la guerra. Sabia que los enemigos podian hacerlo, autorizados por la ley de las represalias, y mas bien quiso ponerse en sus manos que tomar partido con ellos.

Como se habia ensangrentado tanto la lucha, no se acabó del todo con aquel hecho la ojeriza de los pronunciados del Sur contra la brigada Zuloaga que se



habia adherido á la revolucion. Pensaban que sus enemigos habian dado aquel paso, arrastrados únicamente por la necesidad, y no por haber cambiado de opiniones: recelaban de ellos, y no dejaban de fermentar proyectos de venganza, atizados por el ódio antiguo que no habia podido apagarse. Corrian los mas siniestros rumores sobre tentativas contra la revolucion, que se achacaban á los oficiales pronunciados recientemente: y todas estas circunstancias que agriaban profundamente los ánimos, eran gérmen de grandes peligros, y podian comprometer lances funestos.

Aquella situacion dió lugar á que brillaran de nuevo en toda su plenitud, el celo, la prudencia y la generosidad del gobernador de Acapulco. Llamó á su presencia á los jefes y oficiales de la brigada Zuloaga; les manifestó los rumores que corrian; los escitó á que dijieran francamente si querian prestar sus servicios á la revolucion; hizo que renovaran su juramento los que mantuvieron la palabra dada en Nuzco, y ofreció proteger la libertad de los que quisieran retirarse. Mas de cincuenta lo hicieron; y lo habrian pasado muy mal si Comonfort no les hubiera servido de amparo contra el despecho de los del Sur. El los defendió, los trató con las mas esquisitas atenciones, les proporcionó recursos para vivir allí, y les dió lo necesario para embarcarse y pasar á San Francisco de California.

No faltaron entonces personas que advirtieron á Comonfort que recibiria mal pago aquella generosa conducta; y acertaron. Los jefes y oficiales favorecidos volvieron á empuñar las armas contra el favorecedor: éste los encontró en frente de sí mas tarde en el campo de batalla.

Casi al mismo tiempo que el de Nuzco, sufrió el gobierno de Santa-Anna otro gran desastre, hijo tambien de su imprevision, y del incomprensible abandono en que á veces tuvo á sus soldados. Atacada la plaza de Huetamo por una seccion del Ejército libertador á las órdenes de Don Luciano Martinez y Don Ignacio Diaz, tuvo que sucumbir el 16 de Enero, despues de ocho dias de sitio, durante los cuales la guarnicion de la plaza con el coronel Don Francisco Cosío Bahamonde á la cabeza, hizo prodigios de valor rechazando los furiosos ataques de los sitiadores. Tomadas por asalto la iglesia y la plaza del pueblo en la mañana del 16 por el capitán Don Márcos Miranda, ya fué inútil é imposible toda resistencia, que hartó se habia prolongado, tratándose de una guarnicion enferma y mal alimentada. Cayeron en poder de los vencedores el coronel Bahamonde, 17 oficiales y mas de doscientos soldados, sin contar con los que habian muerto en los diferentes combates; siendo ademas el resultado de aquella jornada la adquisicion de dos piezas de arti-